

REFORMA

23 de octubre de 2011

Entrevista / Tahar Ben Jelloun / La revancha de la historia

Tahar Ben Jelloun. Desde la ficción y el ensayo, el escritor marroquí realiza un balance de los motivos, alcances e impacto histórico de la Primavera Árabe

Auxilio Alcantar

PARÍS.- Cuando el escritor Tahar Ben Jelloun (Marruecos, 1944) ya casi había perdido la esperanza de ver una revuelta por los derechos y el fin de la represión en el mundo árabe, le tocó atestiguar una oleada de protestas populares en demanda de libertad, igualdad y democracia.

"El día que vi a la multitud salir a las calles, me dije: 'La historia se toma la revancha cuando quiere'", expresa en una entrevista realizada días atrás Ben Jelloun, quien recientemente publicó *La Primavera Árabe* y *Por el fuego*. Con su obra, Ben Jelloun, uno de los escritores e intelectuales marroquíes más reconocidos, ofrece una interpretación de los hechos desatados desde finales del 2010 y que llevaron al cuestionamiento internacional de regímenes dictatoriales.

"En la Primavera Árabe, los dictadores han descubierto que el viento de libertad que se levantó en un pequeño país era más fuerte, más violento, que todas las borrascas que provocaban cuando reprimían, torturaban y asesinaban a unos ciudadanos cuyo único crimen era reclamar libertad y dignidad", escribe en su ensayo *La Primavera Árabe*. El despertar de la dignidad (Alianza, 2011) el narrador, periodista y poeta.

De forma paralela fue publicado su ensayo *La Primavera Árabe* y la novela corta *Por el fuego*, la cual narra la historia de Mohamed Bouazizi, el joven tunecino, artífice (de alguna manera) de las protestas que llevaron a la caída del gobierno. ¿Por qué publicar ambos?

Porque existen los acontecimientos históricos de los que habló la prensa, pero también hay algo que va más allá de lo factual. Yo quería hacer algo a

través de la literatura, de la escritura. Una ficción que pudiera ser leída en cualquier país, en cualquier idioma y con vigencia a través del tiempo. En mi ensayo, analizo las revueltas, país por país; y, en la ficción, hablo de lo ocurrido con ese joven. Ese acontecimiento que marcó la historia necesitaba ser contado de manera diferente. En la novela, imaginé la vida cotidiana del joven, imaginé lo ocurrido durante las semanas que precedieron a su inmolación, y eso pudo haber ocurrido en cualquier lugar. Es decir, no sólo es la historia de Mohamed, es la historia de mucha gente. A veces la literatura tiene más impacto en el lector que un noticiero televisado. La literatura es útil para testimoniar.

Y, precisamente, la historia verídica de ese joven será la chispa de lo que se ha denominado la Primavera Árabe...

Efectivamente, es el punto de partida pero totalmente involuntaria. Mohamed Bouazizi no se suicidó para obtener ese resultado. El joven estaba lejos de pensar que su gesto iba a servir a una causa.

Mohamed era un joven diplomado de 26 años, sin trabajo. Para sacar adelante a su familia, madre y hermanos, se compra una carreta y vende frutas por las calles. Sin embargo, como no tiene permiso, la policía lo persigue cotidianamente para extorsionarlo.

El rechaza la corrupción y entonces lo agreden, lo humillan, le escupen en la cara y, por último, le confiscan su carreta. Cansado de vivir esas vejaciones diarias, Mohamed intenta hacer una denuncia en la alcaldía, pero nadie quiere oírlo. Cuando ve que su humanidad ha sido destruida se prende fuego frente a la alcaldía. Desfigurado, pasa 15 días en el hospital hasta que finalmente muere, el 4 de enero de 2011. Las manifestaciones de protesta en la pequeña ciudad de Sidi Bouzid se multiplican. El régimen de Ben Ali cae 10 días más tarde. Como le digo, no fue un gesto pensado. Sin embargo, creo que inconscientemente, el hecho de suicidarse, de sentir que la vida no vale la pena ser vivida porque está hecha de humillaciones e injusticias, traduce el sentimiento generalizado de miles de personas. Mohamed dio el paso que otros hubieran podido dar y que felizmente no dieron.

Afortunadamente, que no todos pasaron al acto. Si no hubiese habido un sentimiento de exasperación y cólera en la población desde hacía mucho tiempo, ese gesto no habría servido de nada. La gente estaba harta de ser maltratada, y ese sentimiento de ya no poder más fue lo que hizo que las cosas ocurrieran así.

¿Ese sentimiento generalizado de injusticia, maltrato y falta de perspectivas es lo que causó la caída de varios gobiernos en tan corto tiempo?

La caída de esos regímenes dictatoriales se debe a varias razones. La primera fue la cólera y la revuelta popular, pero también el rol primordial que jugó el ejército. Si no hubiera habido un movimiento de comprensión y de contestación por parte del ejército, tanto de Túnez como de Egipto, jamás habríamos presenciado lo que hemos visto. La prueba es Siria, donde la situación se agrava con el paso de los días. En Siria, el ejército no ha abandonado a Bachar al-Assad, y los soldados que desertaron están siendo perseguidos y masacrados. Repito, la cólera fue un elemento decisivo, pero también cuenta el espaldarazo extraordinario del ejército. Es fundamental

entender esto, porque no basta con estar en cólera. Eso sería como gritar y gritar. Sin embargo, de cara a un dictador, es necesario que haya un elemento suplementario para que una dictadura caiga.

Usted señala que no se trata de un fenómeno igual, uniforme. Háblenos de las diferencias.

Cada país tiene una historia y de cara a la revuelta ha reaccionado de manera distinta. Túnez, por ejemplo, negoció su independencia de Francia en 1957, y entró de lleno a la modernidad. Fue el primer país musulmán y árabe en reconocer los derechos de la mujer, prohibir la poligamia, autorizar el divorcio y legalizar el aborto. Un país que, a pesar de ser el más pequeño del Magreb, era calificado como el mejor alumno de la clase por su desarrollo económico.

Ben Ali se amparó del poder en 1987, y con el pretexto de luchar contra los islamistas integristas, instauró una dictadura: Arrestos arbitrarios de opositores, tortura, amordazó a la prensa interna y prohibió la extranjera. Los ciudadanos no tenían ningún derecho. El crecimiento económico y estabilidad los obtuvo con represión. En Túnez, la protesta fue extraordinaria. La gente salió a las calles espontáneamente, sin orden de algún líder, partido político o movimiento religioso, fue la exasperación lo que provocó el derrumbe.

En Egipto, el país árabe más grande, la oposición trabajaba desde hacía varias décadas para tratar de conseguir democracia y libertad. Hosni Mubarak, que se creía faraón, fue sordo al reclamo popular. Manejó el país con autoritarismo y mano de hierro.

Tras los acontecimientos de Túnez, varios líderes de asociaciones se sirvieron de Facebook para convocar a las manifestaciones, donde la gente le gritaba: basta de censura, tortura y nepotismo. Al principio de la revuelta, la policía disparó contra los manifestantes, después vino la gestión del ejército y, finalmente, la salida de Mubarak. Libia es un país que no se parece a ningún otro, es un ensamblaje de tribus y de clanes que Gaddafi mantuvo en una suerte de ficción absurda. No hay tradición democrática, no hay partidos políticos, parlamento o sindicatos. Daba la impresión de que el país había quedado estático desde el fatídico mes de septiembre de 1969, fecha en que Gaddafi se autoproclamó militar y perpetró el golpe de estado que lo llevó al poder. Gaddafi cometió todo tipo de atropellos contra su pueblo y contra la comunidad internacional; acuérdesese de los dos atentados contra aviones civiles que costaron la vida a más de 400 personas.

En ese país no primaron las manifestaciones, la resistencia militar se gestó de otra manera. Y, por fin, la ONU, la Unión Europea y Estados Unidos asumieron su responsabilidad para que las cosas cambiaran. En Siria hay un sistema fascista instalado desde hace 40 años. Una dictadura que se ejerce de padre a hijo. Sin embargo, por primera vez desde hace medio siglo la gente sale a las calles para denunciar la crueldad del régimen.

¿Y en el caso de Argelia y Marruecos?

En Argelia, los militares están en el poder desde 1962. La población está descontenta desde hace mucho tiempo, pero difícilmente se sublevará porque es un pueblo fatigado. Argelia vivió 15 años de guerra civil, que dejó

más de 100 mil muertos. Además, enfrenta todavía el problema del terrorismo. Y la gente siente que si se subleva el resultado no está garantizado. Argelia es, pues, un caso aparte.

Marruecos es diferente porque no ha habido movimientos violentos ni dramáticos. El Rey Mohamed VI tuvo la inteligencia de anticipar los hechos y poner en marcha reformas que han cambiado la estructura del país. Se abrieron los expedientes sobre la represión pasada, no hay más tortura, la prensa ha recobrado cierta libertad, la infraestructura también ha mejorado. Las reformas siguen su curso y eso ha hecho que el país vaya mejor que otros. Claro, hay que reconocer que todavía hay serios problemas económicos, desempleo, analfabetismo, corrupción.

En su ensayo, nos proyecta en la piel de Mubarak y de Ben Ali. ¿Es para explicar el sentimiento que esos ex dirigentes pudieron haber tenido en el momento de su caída?

Ninguno entiende por qué su pueblo les ha abandonado. Se sienten heridos, traicionados, incomprendidos. El pueblo ingrato no se da cuenta de lo que pierden.

El libro tiene dos aspectos y éste es el literario. Me gusta imaginar lo que pasa en la cabeza de alguien. Y, evidentemente, entre más monstruoso es el personaje (Gaddafi, Ben Ali o Mubarak), más interesante resulta a nivel literario, porque debo hacer el esfuerzo de entrar en la persona, en su cabeza, tratar de entender por qué las cosas. Puedo equivocarme, claro, pero no creo que éste sea el caso. Pienso que ésas fueron las reacciones y sentir.

Yo acabo de regresar de Túnez. A pesar de esa enorme revolución que han tenido, me dio la impresión de que el país sigue funcionando casi normalmente, salvo por el clima de campaña electoral, ¿cuál es su impresión?

Para subsistir, el país tiene que seguir funcionando. Ahora están en periodo de campaña, habrá que reformar la constitución y todo eso tomará tiempo. El problema vendrá cuando los impacientes se cansen. Cierta gente querrá ver un cambio rápido y radical, y cuando vean que no ocurre a la velocidad que desean se sentirán desilusionados.

No debería ser así, porque éste es el momento en que esa gran revuelta puede transformarse en Revolución. La revolución es el hecho de construir una etapa nueva, con nuevas estructuras y basada en valores nuevos. Y eso toma mucho tiempo. Una revuelta es la acumulación de la cólera, debido a una multitud de humillaciones, injusticia y desprecio que hace que la gente explote. Es algo espontáneo y sin rumbo. La revolución es algo más preparado, detrás hay una ideología, partidos políticos, hay una estructura y líderes que preparan el futuro. Túnez y Egipto están en transición. En estos momentos, en Egipto hay resistencia y violencia. Se ha arrestado a opositores, a gente que critica el sistema militar. Es probable que veamos ahí una situación más difícil de lo que habíamos previsto.

¿Cuáles son las posibilidades de éxito de esos países y cuáles son los

riesgos?

Aunque el camino tenga aristas lo que se ha vivido es ya un gran logro. El éxito no se verá a corto sino a largo plazo. Pero es logro, porque estoy seguro que esos países (Túnez o Egipto) no volverán nunca a tener una dictadura. ¡El reino de una familia sobre todo el país se acabó!

El objetivo de la gente era la libertad, el respeto de la persona, el derecho a poder expresarse libremente, el derecho a existir con justicia y dignidad. Las revueltas fueron encabezadas por una nueva generación de jóvenes abierta al mundo y sin temor. Los peligros son secundarios.

¿Hay cierto temor de que en Túnez y Egipto los partidos religiosos se impongan?

Los islamistas no estuvieron al principio de la revuelta y si ahora intentan jugar algún rol no creo que la gente lo acepte.

El movimiento de los Hermanos Musulmanes existe en Egipto desde 1928. A diferencia del pasado, en que fueron perseguidos, hoy están bien organizados, siguen soñando con una república islámica, pero no tienen mucho peso. Según un sondeo, si ahora hubiera elecciones libres en el Parlamento, sólo obtendrían 20 por ciento de los escaños. Lo que los Hermanos Musulmanes pedían era el fin del régimen autoritario y corrupto de Mubarak.

¿Y el rol de los países europeos en todo esto?

Espero que hayan aprendido la lección y que nunca más apoyen las dictaduras. Los dirigentes europeos apoyaron tanto a Ben Ali como a Mubarak porque querían evitar la instauración de una república islámica, similar a la iraní y, claro, también estaban los contratos económicos.

¿Usted dice que en las periferias de los países europeos habrá un día movimientos?

Es lo que ha ocurrido en España, Grecia y creo que se dará en todos los países. El desempleo de las zonas periféricas en Europa es casi de 45 por ciento, esos jóvenes se sienten despreciados y abandonados. Hoy hay indignados en todas partes, el movimiento ha llegado hasta la India.

¿Cuál fue su sentimiento cuando comenzaron las revueltas?

Algo increíble. Una revancha extraordinaria de la historia. Ya casi había perdido la esperanza de que algo así ocurriera. Cada vez que iba a Egipto regresaba deprimido, me decía: es una pena que ese hermoso país caiga en tal miseria. Con dolor veía la represión cotidiana de la gente.

El día que vi a la multitud salir a las calles, me dije: "La historia se toma la revancha cuando quiere. Y no hay que olvidar que la historia son los hombres".

Auxilio Alcantar, periodista cultural

Conózcalo

Nombre: Tahar Ben Jelloun

Lugar y fecha de nacimiento: Fez, Marruecos, 1944

Perfil: Escritor y periodista.

Radica en París desde 1975.

Publicaciones: Entre sus libros, destacan "El niño de arena" (1985), "La noche sagrada" (1987), "Los naufragos del amor" (1997) y "Papá, ¿qué es el racismo?" (1997). Recientemente, publicó "Por el fuego" y "La Primavera Árabe".